

que aun tan alejado de las doctrinas de Juan Jacobo, no rechazo esos maravillosos auxiliares de la educación: el amor propio y el estímulo. Hay que usar con los niños los medios humanos, quiero decir, los medios que gobiernan a los hombres.

Ya lo ven ustedes, amables mamás de Simona y Pedro; la educación que pretendo dar a estos niños no tiene por objeto enseñarlos a leer ni a escribir, ni geografía, ni alemán, ni gramática francesa, ni cosa alguna de las que debe conocer un escolar. Tiene por único fin «hacer al espíritu capaz de comprender todo eso».

Y mientras se les «enseña a trabajar» (buena fórmula que los niños se apropian en seguida), no dejaré de hablarle del día deseable en que, terminado este aprendizaje, pasarán a una categoría de niños muy superior a la suya presente: la de los que trabajan...

La próxima vez te contaré, mi querida sobrina, la continuación de mi vida imaginaria con mis pupilos.

CARTA SEPTIMA

Continuación de la experiencia educativa sobre Pedrito y Simona.—La lección de trabajo.—Señalar el punto.—Mapamundi, reloj, barómetro, termómetro y brújula. La mañana, disciplina, orden, atención.—Las diversiones.—El perfeccionamiento del lenguaje.—Los juegos disciplinados.—Siesta. La tarde recreativa.—Clemente Martín, profesor. El alto; los ¿por qué?—Homenaje a la imaginación de los niños.

Mi última carta, querida Francisca, nos dejó a mis pupilos y a mí en el momento en que, a eso de las nueve, abordábamos el período laborioso de la mañana, especificando que no se trataba de trabajar, sino de aprender a trabajar.

¿En qué consistirá esta lección de trabajo?

Ya te he dicho que sería, ante todo, una lección de atención; pero también de disciplina y de orden.

Empieza, invariablemente, por una operación que llamamos entre nosotros señalar el punto. He explicado a mis discípulos que este es un término de marinos, que significa saber en qué lugar preciso del globo se encuentra el navío.

—Más adelante aprenderéis—les he dicho—, cómo el hombre, aislado sobre un navío, puede lle-

gar a determinar el lugar en que navega. Pero no por residir en tierra firme es superfluo conocer las condiciones exactas en las cuales se abre el día. Por de pronto, nosotros, como el marino, estamos en un lugar del mundo; ¿qué lugar es éste?

Para que lo conozcan, no me he contentado con marcar un punto en el mapa. He dibujado ante ellos nuestro cuarto de estudio, con los muebles principales y tres muñecos que figuran Simona, Pedro y yo. Fácilmente han comprendido mi representación. Procediendo por continuidad, he añadido en seguida a mi croquis la habitación próxima, el pasillo y el comedor. Esto les resultó más difícil de comprender; pero después de comprobaciones hechas sobre los lugares en cuestión, acabamos por entendernos... Hemos consagrado varios días a hacer una especie de plano esquemático, muy sencillo, de la casa, la granja vecina y los contornos de la posesión. Ahora, ya hemos salido del pueblo y comprendemos muy bien que una pequeña línea negra trazada entre dos redondeles desiguales, sobre un mapa, representa un largo camino, entre este pueblecito y el próximo. Y como no es precisamente de falta de imaginación de lo que pecan los niños, Pedro y Simona franquean con el pensamiento bosques y montañas, y ensanchan su campo geográfico hasta los límites de Francia y más allá. Pero yo refreno sus imaginaciones. Quiero proceder lentamente y con orden.

He aquí en lo que consiste hoy día nuestro saber:

Vivimos en Berry; conocemos la extensión de esta provincia con relación a la Francia; observamos las costumbres de Berry, sus monumentos, y nos enteramos un poco de su historia. Hi-

mos una excursión a Nohant, en donde vivió una señora berrichona, que narraba historias. Después, de regeso en casa, fuimos a la biblioteca a contar los libros escritos por dicha señora.

Había unos sesenta. Pedrito quedó impresionado, y preguntó cuánto tiempo haría falta para escribir tantos libros. Escucharon religiosamente la pequeña explicación que les dí sobre Jorge Sand y su obra. Entre tanto, Simona había abierto el «Molinero d'Angibautt», e intentaba penetrar el negro misterio de las líneas impresas. Yo le quité suavemente el libro, diciéndole:

—Más adelante... «cuando sepas trabajar», te enseñaré a leer, y la señora de Nohant te contará cuentos.

... Ahora, ya han adquirido mis pupilos la noción del lugar y del hogar, y no se sienten suspendidos en el espacio, como la mayor parte de los niños. Cada día precisamos y ensanchamos esta noción del lugar, sin atestar la memoria de nombres propios; pero cada nombre propio representa una realidad. Cuando decimos «el Cher», pensamos en un río que hemos visto, arrastrando su cinta grisácea entre los sauces. Cuando decimos el Loire—no podemos evocar una imagen vista, porque no hemos visto el Loire—, pero sabemos que es una corriente de agua como el Cher, pero mucho más ancha.

El principio esencial, invariable, es no enseñar nada «en el aire»: todo lo que el niño aprende, so pena de resultar inútil, debe ir unido por una cadena de nociones continuas a ese humilde centro del mundo, que es el mismo. Te aseguro que Pedro y Simona saben perfectamente lo que representa, con relación a sus pequeñas personas, esa bola de colores colocada en el cuarto de estudio,

que empezó por divertirles, haciéndola girar lo más deprisa posible sobre su eje.

* * *

Señalar el punto no consiste solamente, para nosotros, en precisar las nociones del lugar en que estamos. Exijo también que consulten el reloj y que me digan la hora.

Un gran cuadrante horario, numerado con cifras árabes, es el mejor ábaco para estudiar la numeración elemental. Además, es una mecánica, se mueve, y eso fija la curiosidad infantil. En fin, no es numeración en el aire, como la de los libros; es numeración práctica, unida a una realidad... Ya leemos bien la hora, salvo algunos errores en los minutos. Pero nunca confundimos las tres con las doce y cuarto, como la mayoría de los niños, porque a las doce, los días de sol, vamos a ver un palo que hay clavado en el suelo; entonces vemos que da un poquito de sombra que va agrandándose después muy deprisa.

Y la lección matinal no termina hasta que los alumnos han leído correctamente en el cuadrante la hora de acabar.

«Señalar el punto» consiste también en otra cosa. Somos rurales; nos preocupa, por tanto, la suerte de nuestros paseos y la suerte de las cosechas, cosa que influye sobre el humor de nuestros vecinos los granjeros. Deseamos, pues, conocer, con el mayor adelanto posible, el tiempo que hará: de él depende el que nuestra tarde sea

agradable o no. Uno de nuestros primeros cuidados es consultar el barómetro registrador que hay en la biblioteca; que, con una línea ascendente o descendente, dice si el cielo va a aclararse u oscurecerse. En fin, no nos desinteresamos tampoco de las variaciones de la temperatura; y leemos bastante bien los grados del termómetro, que marca la columnita de mercurio.

Gracias a esta encuesta inicial (que se repite todas las mañanas con nuevo interés, porque el niño no se cansa de volver a empezar y goza extraordinariamente con su pequeña ciencia adquirida), nos sentimos cada mañana viajeros que emprenden una nueva etapa. Anteayer apareció entre nosotros un instrumento nuevo de precisión: la brújula... En tierra firme es casi superfluo llevar una brújula. Pero es muy útil dársela a los niños y enseñarles su uso elemental. Primero es un juguete maravilloso: la monísima aguja, viva, prisionera en su caja, que se agita, obstinándose en apuntar a un sitio determinado, es un encanto para los chicos. Y, de paso, llegan así a comprender, sin el menor esfuerzo, que el Norte y el Sur no son palabras arbitrarias, sino que significan una orientación. Por ahora, no vamos más adelante; sobre todo, no hablemos de los Polos, ni de la corriente magnética. «Andando en la dirección que marca la aguja, se va hacia los puntos que en el mapa están señalados con una N.» He aquí una adquisición considerable.

—Pero sus pupilos no saben leer.

—Yo no prohíbo el conocimiento progresivo del alfabeto; lo que proscribo es «el libro». Mis pupilos van aprendiendo las letras a medida de sus necesidades intelectuales.

La operación cotidiana de «Señalar el punto» nos lleva bastante tiempo, porque no permite que se haga a la ligera; procuro que cada día sea más precisa y más completa, y pretendo que los resultados queden en la memoria de mis alumnos, durante todo el día por lo menos.

Ya que he pronunciado esta importante palabra: «memoria», voy a aprovechar para abrir un paréntesis enfrente a la de los niños.

Según mi opinión, se escriben y se dicen muchas tonterías sobre la memoria de los niños.

Se dice y se escribe que la memoria de los niños es admirable, superior a la de los adultos. Es, asimismo, una de las razones invocadas para hacerles aprender las lenguas extranjeras.

Ahora bien, todas mis observaciones presentes, que concuerdan con mis recuerdos personales, establecen que la memoria infantil progresa poco más o menos como su inteligencia, y que, por ejemplo, es a los cinco años mucho menos perfecta que a los quince. Se cree lo contrario, porque como el niño no tiene en la memoria ni hechos ni palabras, lo que va reteniendo en ella parece asombroso. Se debe también esa creencia a que con los niños «se machaca» como no se hace con un adolescente o un adulto... Siguiendo el régimen de un niño, el adolescente o el adulto aprenderían mucho más deprisa y retendrían mucho mejor lo aprendido. Yo, por mi parte, que poseo una memoria mediana, soy capaz, a mi edad, de aprender de memoria diez líneas en el tiempo que Pedro y Simona aprenden dos.

Precisamente porque la memoria de los niños es débil e incierta, hay que ejercitarla con un método prudente. Sobre todo, no debe sobrecargarse con bagajes inútiles. Pero lo que ha almacenado

no debe dejarlo escapar. Por eso conviene repasar frecuentemente lo aprendido. Nuestras modestas adquisiciones de cada día son inventariadas al día siguiente; y lo poco que Pedro y Simona han aprendido conmigo, lo «saben» de verdad.

¿Cuánto tiempo debe prolongarse útilmente una lección oral, dada a niños de cinco años y medio?

Eso depende del maestro.

Si enseña a los pequeñuelos como si enseñase a adultos, al cabo de tres minutos no le escucharán. Si pone su enseñanza en acción, y si se ingenia para mantener despierta la atención de sus discípulos, la lección útil puede durar más de media hora.

Es indispensable que los niños escuchen al maestro dos o tres cuartos de hora al día, y que también durante otros tres cuartos de hora estén sentados ante una mesa, entregados a una labor silenciosa: dibujo o modelaje. El modelaje fija mejor la atención, pero el dibujo es un procedimiento mucho más rico en intelectualismo. Ayer les dije a mis discípulos, que han dibujado ya varias veces el reloj, copiado del natural:

—Dibujadme «de memoria» el reloj, cuando marca las cuatro y media.

Asistí a sus esfuerzos ayudándoles discretamente y haciéndoles volver a empezar, no cuando se desviaban ni cuando eran incorrectos los trazos, sino en la representación de los elementos principales. He comprobado una vez más que los niños reciben de los sentidos testimonios muy indecisos. Simona hacía unas agujas cuyas puntas se salían del cuadrante. Pedro parecía no haberse dado cuenta de que las agujas giran alrededor del

centro. Ahí tienes la pretendida gran memoria de los niños. Poco a poco, y con paciencia, fuimos rectificando los errores, y mañana repetiremos el ejercicio.

Nuestra lección de trabajo dura en principio hasta las diez. Pero comprenderás que sería iluso exigir una hora de atención continua. Cortamos la lección con un ejercicio bien diferente. Por ejemplo, vamos a dar una vuelta por el parque, por el corral, o si llueve por tal o cual habitación de la casa. Esto no es un recreo, porque mis discípulos no están en libertad de hacer lo que quieren; es una diversión. La utilizo para enriquecer el vocabulario y perfeccionar la educación de Simona y Pedro. Cuando les he enseñado, por ejemplo, la palabra cuadro o la palabra grava, haciéndoles tocar los objetos con la mano, estimo el progreso más considerable que si hubiesen aprendido que botella se dice en otras lenguas «bothle» o «frasche»... Cuando han comprendido el sentido del verbo «esperar» o del adjetivo «concienzudo», estimo el adelanto más importante que si supiesen contar hasta diez en un idioma extranjero. No sólo porque van encaminados hacia la posesión íntegra de «su» lenguaje, lo que es, sin embargo, un resultado deseable, sino, sobre todo, porque han aumentado su facultad de pensar y de comprender...

Para ejercitar a Simona y Pedro en la expresión del pensamiento, les leo o les cuento todos los días una historia que ellos han de repetirme después. Otra diversión es el solfeo, al que consagramos todos los días de quince a treinta minutos. Y, otra aún, es un trabajo manual, como se hace en las escuelas primarias: cortar cajitas de papel y doblarlas. Estos juegos tienen la gran ven-

taja de acostumbrar al niño a empezar, continuar y acabar una obra.

Todo esto nos entretiene hasta las diez y media. Entonces, aunque los niños no estén fatigados, doy por terminada la lección... Es ya tiempo de que se muevan. Pero deseando, ante todo, que mis discípulos consideren la mañana como un período de disciplina y de regla, no les concedo aún el recreo, propiamente dicho. Esa última parte de la mañana la consagramos a la disciplina del cuerpo, a los movimientos rítmicos; la palabra «sport» resultaría aquí demasiado ambiciosa. Aprendemos (no les digo jugamos) a andar, a correr con paso regular, a lanzar el chito, a construir con tierra un grosero relieve representando la casa, la granja o el pueblo. Todo bajo mi dirección, y sin que los pequeños tengan la sensación de que son completamente dueños de sus movimientos. ¿Comprendes mi propósito? Quiero grabar en sus jóvenes cerebros la idea de que la mañana es un tiempo de disciplina y de esfuerzo; que solamente a costa de esta disciplina y de este esfuerzo se obtiene derecho a la diversión y la libertad durante la tarde.

Almorzamos a mediodía. No hay que decir que las comidas de los niños, excepto la merienda de las cuatro, son ocupaciones disciplinadas. Cuando un niño «no quiere comer como es debido», es siempre por culpa de los padres, que son perezosos sobre ese punto, como en tantos otros.

Después de la comida merienda, los niños deben hacer un reposo. Habiendo dormido una corta siesta, se despiertan con las fuerzas reparadas.

Sin embargo, esta vez nos guardaremos de exigirles una labor disciplinada. Es más, trato de que Simona y Pedro consideren el contraste en-

tre la mañana de disciplina y la tarde de libertad; de libertad vigilada, claro está. ¿Recuerdas que te pintaba, como ideal de la educación física de los niños de esta edad, la vida de los pequeños campesinos? Después de la siesta, Pedro y Simona tienen permiso para ser las réplicas de Clemente Martín. Vestidos como él, con un amplio mandilón, eligen las diversiones, en las que suelen tomar parte los tres. Clemente Martín me suple maravillosamente en la organización del juego, y además les enseña durante la tarde tanto como yo durante la mañana. La enseñanza de Clemente Martín es mejor comprendida y mejor retenida que la mía. Han tardado poquísimo en saber los nombres de las personas y hasta de los animales que pueblan la granja, y las ciento cincuenta hectáreas de la propiedad les son hoy más familiares que a mí mismo, lo mismo que los territorios de los castillos vecinos, Chambon y Ambleuse. Empiezan a conocer, mejor que yo, los trabajos de los campos. Saben cómo se alimenta el ganado y cómo se trata a las vacas. La confección de la manteca ya no es para ellos un misterio; conocen y nombran la mayor parte de los granos de forraje. ¡Maravilloso poder de la realidad! Estas nociones entran en ellos sin dificultad, y ya no les abandonan. Clemente Martín es, decididamente, un maestro superior a mí. Lo malo es que la influencia de este maestrillo de cabellos rojos se hace sentir hasta en el lenguaje y las maneras de mis pupilos. Pedrito imitaría de buena gana el balanceo en los andares de Clemente, y Simona... soltó el otro día... ¡un juramento! Yo combato estas tendencias, haciendo un llamamiento al amor propio de mis discípulos y persuadién-

doles que la corrección en el lenguaje es signo de superioridad...

¿Cuánto tiempo debe durar, para los niños, la entera libertad en el juego? Sobre ese particular no existe ninguna regla. Un maestro atento, acechará el momento en que el juego libre acaba por encerrarlos. Más aún, acostumbrará al niño a que él mismo se dé cuenta de que «ha jugado ya bastante». Cuando suena esta hora psicológica para Pedro y Simona, se despiden de Clemente, vienen a mí en demanda de socorro para su saciedad de libertad y movimiento; en fin, me piden que juegue con ellos. Todo buen preceptor debe prestarse siempre a ese deseo, porque los niños no deben aburrirse, para que el curso de la vida no se siga en ellos con lentitud...

La merienda, que se toma al aire libre, sin ninguna de las prescripciones observadas en la mesa, es lo que atrae hacia mí a mis discípulos. Entonces charlamos.

En la conversación de los niños con las personas mayores hay una palabra esencial: el «¿por qué?» No refrenemos sistemáticamente el «¿por qué?» de los niños; evitemos solamente que llegue a ser en su boca un procedimiento de diversión para molestar. «¿Por qué?» «¿Cómo?» «¿Qué quiere decir?»... Todas las fórmulas por las que trata de satisfacerse la curiosidad naciente, son utilizables como medios de educación: cada una de ellas abre al maestro un crédito de atención voluntaria. Por lo tanto, no rechazar nunca el «¿Por qué?», pero no responder tampoco inexactamente, cuando no se sabe. A mí me ha sucedido tener que contestar a Pedro y Simona

«No sé...», y he aprovechado para hacerles observar que así debe responderse siempre cuando no se sabe; porque el primer grado de la inteligencia es saber hasta dónde se comprende. Una respuesta archipreciosa para algunos «¿Por qué?» de los niños, es ésta:

—Te responderé cuando seas mayor.

Lo que provoca, infaliblemente, un nuevo «¿Por qué?»

Al cual respondo:

—Porque no has aprendido aún para comprender.

Preciosa respuesta, que evitará más tarde a los padres mentiras repugnantes, cuando el niño haga preguntas a las que no se puede responder con la verdad... Pedro y Simona se han habituado ya a contentarse. Lo más que hacen es insistir para conocer la época en que se les contestará.

En este período de libertad recreativa, que dura desde la siesta hasta la hora de acostarse, reservo una media hora, antes de la comida, a la atención y la disciplina. En esa media hora obtengo pocos resultados; pero como llegará un momento, cuando mis pupilos hayan pasado «la infancia de la infancia», en el que no deberán consagrar toda la tarde al recreo, quiero, desde ahora, imponerles esta tregua de atención, para crearles una buena costumbre. Entonces solemos hacer un poco de solfeo, si no se hizo por la mañana; o hacemos un viaje por el mapamundi, en el que lo único que reclamo de mis compañeros es que sepan decirme: «¡Ah! ¡Ahora pasamos un río!», o «¡Una cordillera!», «¡Una ciudad!», «¡El mar!» Otras veces damos un paseo por el pueblo, sirviendo de guía Simona, por ejemplo; Pedro y yo jugamos a que éramos extranjeros. Los niños entran

en estas ficciones con una facilidad admirable. Su imaginación me admira y me entusiasma: Simona, sobre todo, es impagable.

Nos señala el edificio municipal, diciendo:

—Señores, aquí tienen ustedes la Alcaldía. El alcalde no vive aquí. Prefiere vivir en una casa del pueblo, porque esta Alcaldía está llena de ratas (las ratas son invención de Simona). Pero en la Alcaldía está también la escuela, y el maestro vive en ella con su mujer y dos niñas muy bonitas. Es muy rico; por eso ven ustedes delante de la casa ese jardín tan bien cuidado, con geranios, ajos, melocotoneros, una parra y una bola brillante en donde se ve una la cara muy fea. El maestro ha puesto esa bola para que los niños se vean muy feos en ella y no tengan amor propio. (Simona tiene una marcada tendencia a contemplarse con recreo en los espejos, que yo procuro combatir.) Cuando las hijas del maestro sean mayores, se casarán con los hijos del alcalde...

—Pero—objeto yo—el alcalde tiene tres hijos...

Simona, después de vacilar un instante, responde:

—Uno de ellos será soldado; se pasará toda la vida en Marruecos...

—Yo me guardo muy bien de combatir en mis discípulos esa maravillosa facultad de imaginar, común a todos los niños. Sólo que les acostumbro a distinguir bien las cosas imaginarias de las verdaderas. Cuando Simona se pasa de la medida, la miro de cierta manera, y entonces dice ella:

—Esto que les cuento no es completamente verdad...

Y sigue a más y mejor.

¡Imaginación! ¡Protectora intrépida de la vi-

da! ¡Luz resplandeciente del espíritu!... ¡Decir que muy pocos adultos te conservan, y que casi sin excepción te poseen todos los niños! Tú, y no la memoria, eres la verdadera facultad específica de la niñez; la memoria es una pequeña sirvienta, que tiene necesidad de un largo aprendizaje, y sirve mejor a los adultos que a los niños. Pero tú, imaginación radiante, ¿a qué edad abandonas al niño? Ese tendero obtuso, que no es capaz de comprender la imaginación de los demás, fué a los ocho años un inventor de imágenes y de aventuras... ¿Qué le atrofió? ¿Sus padres? ¿La fealdad del colegio? ¿El rigor idiota de un pedagogo?... Yo no trataría nunca de abolirte en la imaginación de mis discípulos. Lo que haría sería guiarte, disciplinarte, regularizar tu fuerza... Pero quiero conservarte a toda costa, porque eres tú, ¡oh divina! la que distingues del resto oscuro de la humanidad a los privilegiados: los inventores, los poetas, los apóstoles, los héroes.

CARTA OCTAVA

Muy bonito, pero no práctico.—La pereza educativa.—Formación moral de los niños.—La afirmación, el ejemplo.—El castigo.—Hay que ser severo: sentido de esta palabra.—El niño no es feliz más que bajo una regla severa.—Inconvenientes de la amnistía.—Todavía la pereza educativa.

Me aseguras, querida sobrina, que habiendo comunicado a otras madres la pequeña novela educativa bosquejada en mis dos cartas anteriores, no les ha desagradado (tus amigas son muy amables), pero se han sonreído irónicamente, diciendo:

—¡Qué bonito sistema de educación, y qué práctico! Basta poseer un castillo, una granja, una «nurse» de primer orden, y después, para cada dos niños, un miembro del Instituto que consagre la totalidad de su tiempo a vigilarlos, y hasta para jugar con ellos. No dudamos de que en esas condiciones progresen rápidamente Pedro y Simona. Pero, ¿y los otros? ¿Los niños cuyos padres no tienen castillo, ni preceptor académico?

En esas críticas, hay algo de verdad y mucho de error.

El algo de verdad ya te lo he señalado: es que «la educación es un privilegio». La educación es